

LAMS

Publicación mensual del Oratorio

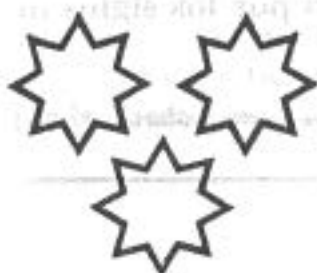
Núm. 258

MAYO

Año 1989

SUMARIO

AUSENCIA y presencia de Dios entre nosotros. Ausencia, porque la sensibilidad ayuna, aunque le queda la esperanza; presencia porque la fe descubre la gracia, los dones de Dios, que no abandona a su grey en la soledad de los desiertos, en los cansancios de los caminos que llevan a la tierra de las promesas. El creyente descubre esta presencia del que está siempre con nosotros, en los signos de su Iglesia y en el resplandor creado. Pero la manifestación divina, derivada de Cristo, también se reproduce por medio de los santos. La providencia nos los pone cerca, para que nos sea más fácil descubrir la huella de lo divino en el hombre. A nosotros, nos ha puesto especialmente a uno, que reconocemos como Padre espiritual, por el modo como abrazó y pasó a otros el ideal del Evangelio: es san Felipe Neri. Y damos gracias a Dios.



PLEGARIA POR EL ORATORIO	2
FIDELIDAD	3
«Y USTEDES, ¿QUÉ HACEN?»	5
QUÉ ES EL ORATORIO	7
LA NUEVA VIDRIERA	10
ARLOTTO MAINARDI Y SAN FELIPE NERI	12

Plegaria por la Congregación del Oratorio*

Señor Jesucristo, que has elegido esta Congregación para servicio de tu santo Nombre y para que, con fidelidad, cuide de la herencia que tú has adquirido al precio de tu propia Sangre:

Danos, propicio, la paz en este lugar, la paz que el mundo no puede darnos; concédenos la salud de la mente y del cuerpo, para que con sobriedad, sencillez, serenidad y unánimes en el espíritu cumplamos fielmente tus mandamientos, y nos amemos unos a otros, no de palabra o de lengua, sino de obra y de verdad, de modo que todo cuanto hagamos se realice verdaderamente en la caridad.

Haz, Señor, que nos mantengamos, sin desfallecer, en constante oración, para que nuestra vida esté en armonía con nuestro nombre, y nuestra vocación se confirme con las obras.

Asístenos con tu sabiduría divina, para que sepamos exhortar a los demás con sana doctrina y les podamos edificar con el ejemplo sincero de nuestra vida, de modo que lo mismo nosotros cuando hablamos que cuantos nos oyen seamos todos igualmente santificados por tu gracia. Preserva esta Congregación de cualquier pecado grave y de escándalos. Y defiéndela frente a las insidias y perturbaciones incitadas por el espíritu del mal.

Puesto que tú, Señor, has dado vida a esta Congregación para que en ella y por ella sea honrado tu Nombre santo: haz que vengan muchos operarios a esta viña elegida por ti, y bendecida por la Iglesia, para que moren en ella deseosos de servir a los demás, pues para eso vinieron al entrar en esta familia nuestra; y que no les asalte el aguijón de la soberbia, sino que su única gloria consista en ser olvidados dentro de tu Casa hasta que, perseverando en ella, pasen a la morada de la Jerusalén celestial.

Mádanos tu ángel del cielo para que nos guarde, nos proteja, nos acompañe y nos defienda. Haz que gocemos de verdadera paz, y te sirvamos con alegría a ti, a quien servir es reinar.

Tú, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

* Esta oración se recita desde antiguo en las casas del Oratorio, como parte de los rezos comunitarios.

Fidelidad

ALGUNOS podrían llevarse a engaño y formarse un concepto equivocado del Oratorio, por el hecho de que aquí no se profesan los votos religiosos. Las virtudes a las que ellos se refieren estuvieron siempre en la substancia de todas las formas de vida que abrazaba la perfección evangélica, desde los principios del cristianismo, pero su generalización formal en la Iglesia data solamente del siglo XVI, la época de san Felipe. No obstante, éste no los quiso para el Oratorio; su afirmación fue clara: «No quiero los votos, pero sí las virtudes de los votos». La sencillez de este enunciado no significaba, en labios de san Felipe, la más mínima rebaja en la total «entrega de la vida por la causa de Nuestro Señor Jesucristo» (Hechos 15, 26). Posteriormente, la realidad ha venido demostrando que la ausencia de votos no ha supuesto, para el Oratorio, un nivel más bajo de perseverancia al compararlo, proporcionalmente, con otras obras de vida evangélica.

Sin embargo, no se puede negar que, para algunos temperamentos, esta carencia de votos puede traducirse en mayores tentaciones para la perseverancia. Por esta razón, cuando los discípulos de N. P. san Felipe Neri quisieron recordar las virtudes y los consejos espirituales que daba a los suyos, hacen notar la importancia de la perseverancia en sí y de todo cuanto la favorece. De este modo pasó a la tradición del Oratorio aquel dicho tan repetido en nuestras casas, de que «los verdaderos hijos de san Felipe se conocen por la sepultura»; es decir, cuando se cumple en ellos, a través de toda una vida, la fidelidad al ánimo que expresaron al pedir su ingreso, de «entregarse libremente a la Congregación para permanecer siempre en ella, hasta la muerte», como se dice en nuestras Constituciones. Por lo tanto, los que se van, o es que nunca tuvieron vocación (y así hicieron bien en rectificar a tiempo), o es que la perdieron. →

Es sabido que san Felipe no permitía la más leve murmuración ni la desobediencia en el más pequeño de sus mandatos, y que daba facilidades para que quien se sintiera incómodo pudiera salir, para bien del mismo sujeto y de la propia Congregación. Pues la perseverancia en ésta nunca podría equipararse a resistir por la fuerza en la casa, sino que debe ser fruto de la fidelidad y la gratitud, las cuales solamente son posibles, y aun fáciles, si proceden del amor y del deseo de ser olvidado (el tan repetido «ama nesciri»). La fidelidad entre personas del mundo también requiere amor y abnegación.

Sin el amor es imposible una verdadera perseverancia espiritual; pero es igualmente cierto que el amor no se puede imponer. Por esto, en el Oratorio, se reza siempre para obtener esta perseverancia, que viene a ser, según los más antiguos, «como un anticipo del cielo» por el deseo que da de él, y la paz y consuelo con que se piensa en la muerte, coronando el amor de la vida, tal como lo sintieron, cuando les llegó su hora, los primeros discípulos del santo y otros que supieron recoger y mantenerse en su espíritu. El padre Pedro Consolino, discípulo predilecto de san Felipe, aseguraba a alguien que le preguntó cómo ser perseverante en el Oratorio, dado que no hay votos, que «san Felipe siempre concedía la perseverancia a los que en la Congregación siguen su espíritu». Otro oratoriano hacía esta hermosa comparación: «del modo como los religiosos claustrales hacen su profesión una vez cumplido el noviciado, así, en el Oratorio, nuestra verdadera profesión tiene lugar cuando se muere, cumpliéndose lo del Evangelio, de que el que persevera hasta el final, se salvará» (Mt 24, 13).

Es preciso, pues, tomar la vida, y la vocación a la que estamos llamados, como el camino y noviciado del cielo, amando este camino que nos lleva a Dios, precisamente porque nos lleva a Dios. Hay, es cierto, otros caminos, y es deseable y santo que cada uno persevere en el de su propia vocación, sin caer en la dispersión de «ir de casa en casa», o la flojedad de «levantar la mano del arado», o de ceder a nostalgias «volviendo la vista atrás». Por lo que respecta a nosotros, amamos nuestra vocación porque es el mayor don de Dios, después de tenerle que agradecer el de la vida y la gracia de la fe, y porque vida y fe encuentran en ella sentido y expresión cabal y maravillosa. ■

La simplicidad solamente es comprendida por
los sencillos de corazón.

«Y ustedes, ¿qué hacen?»

LA PREGUNTA que sirve de encabezamiento de estas líneas nos la han dirigido muchas veces. Seguramente es la que se hace igualmente a otras instituciones de la Iglesia, cuando sólo muy desde fuera se tiene noticia de ellas. Si comenzáramos la respuesta diciéndoles que lo más importante para nosotros no es “lo que hacemos”, seguramente que les desconcertaríamos o, simplemente, no darían crédito a nuestras palabras. Y, sin embargo, para ser sinceros, deberíamos hacerlo de esta manera, para dar una respuesta sobre lo que consideramos esencial en nuestra vida y nuestra vocación.

Un cierto pudor y el sentimiento de la propia imperfección, que no podemos negar, nos sugeriría comenzar por razonamientos o pre-

sentaciones indirectas que, al fin, de modo implícito, incluirían la verdad esencial. Pero si quien recogiera nuestras palabras no estuviera demasiado atento, correría el riesgo de quedarse más bien en los medios que alcanzar el vislumbre del fin.

Una respuesta correcta no la comprendería el simplemente curioso. Y ni siquiera el cristiano, aun de buena fe, si su religiosidad se contentara con el esfuerzo por mantener una vida más o menos de acuerdo con la moral convencional, compatible con las aspiraciones comunes del mundo, y que contemplara la Iglesia como un gran aparato de servicios espirituales, o poco más que psicológicos o sociales, para la satisfacción de su modo de entender y participar de la religión. No importa que

→

a ésta le reconociera una dignidad que, teóricamente, estuviera por encima de categorías terrenales, pero cuyos fines últimos fueran, en la práctica, menos urgentes que intereses como la posición social, la respetabilidad, el prestigio, la seguridad, la profesión, los gustos, la cultura, el bienestar, la propia promoción, etc. Si fuéramos capaces de elaborar una respuesta que recogiera positivamente, por lo menos, algunos de estos valores o intereses reconocidos por el mundo, es posible que les pareciera sensato cuanto les dijéramos. Por el contrario, si dejáramos totalmente de lado tales miras, y les habláramos directamente de amor, abnegación de sí mismo y seguimiento incondicional de Cristo, lo más probable es que provocáramos una reacción parecida a la que Pablo obtuvo entre los atenienses, o la del joven rico del Evangelio frente a Jesús, a pesar de haberse introducido llamándole «Maestro bueno» y mostrar deseos de perfección.

El común de los humanos aplaude y se adhiere y hasta llega a admitir ser convocado, en primer lugar, por lo que, de acuerdo con el Evangelio, podemos designar como «las añadiduras» del Reino de Dios; pero sólo a partir de sentirse complacido o asegurado en éstas, se le hace fácil aceptar la teoría del Reino en sí mismo, si se le pro-

pone con la complicidad del silencio sobre sus exigencias radicales, manteniéndolas a nivel de un reconocimiento prevalentemente conceptual, estético.

La respuesta correcta y sincera que debería dar cualquiera «que haya dedicado su vida a la causa de Nuestro Señor Jesucristo» (Hechos, 15, 26), sería, aproximadamente, ésta: que a pesar de sentir la pequeñez y la miseria propia, entregó su vida al Señor para conocerle más y amarle mejor, creciendo en la amistad con él; tal vez lo explicaría refiriéndose a la parábola de la vid y los sarmientos (Juan, 15, 1-17). Ahí se dice casi todo, y no es simple poesía, sino ideal completo para una vida, y hasta más allá de esta vida. Lo demás, siendo importante, no lo es tanto como esto.

En nuestro caso, como oratorianos, podríamos explicar que el estilo cuya esencia se contiene en el Evangelio, y en las primeras comunidades cristianas, lo hemos encontrado y procuramos vivirlo por los cauces que iniciaron los primeros discípulos de san Felipe Neri, en hermandad y caridad, desprendidos de codicias y ambiciones, porque su ejemplo nos sirve y entusiasmo, por el amor que tuvo al Señor, por el celo y el bien que hizo a las almas, y por su fidelidad a la Iglesia. ■

Qué es el Oratorio

EN la historia de los estados de perfección, o de vida evangélica, el Oratorio es, cronológicamente, la primera de las llamadas ahora «Sociedades de Vida Apostólica» («de vida común sin votos», en el Código de Derecho Canónico de 1917) aprobada por la Iglesia, y por eso se convirtió en el modelo típico en el que se han inspirado otras Sociedades, hasta llegar a los modernos Institutos Seculares.

La finalidad del Oratorio consiste en la formación individual en la cultura espiritual y en la piedad, por medio de la instrucción, contactos personales, dirección espiritual, predicación familiar y apostolado litúrgico, especialmente entre estudiantes y jóvenes.

Sus rasgos esenciales, según las propias Constituciones, se basan en la prevalencia de la caridad sobre la ley; espíritu de fe y oración, y de caridad y servicio, estimulado y alimentado por el estudio familiar de la palabra de Dios y el trato espiritual; la Eucaristía como centro de toda la vida; dedicación al bien y progreso de la Iglesia, por la peculiar vinculación del Es-

píritu a su misterio; entrega a la Congregación de sus miembros, por la libre voluntad de permanecer siempre en ella, hasta la muerte, excluidos los votos, juramentos o promesas, con una libertad que concuerde al máximo con el espíritu del Evangelio; su fuerza, como en las primeras comunidades cristianas, debe consistir más en el mutuo conocimiento, en el respeto y en el verdadero amor de la convivencia familiar, que en la multiplicidad de miembros. «No quiero votos —decía san Felipe—, pero sí las virtudes de los votos». Y también: «La caridad basta para todo y sin ella todo es inútil». Pero para que la caridad sea posible, Newman diría más tarde: «En la comunidad hacen falta la obediencia y la humildad y, aún antes, el necesario acuerdo mental —“intellectual agreement”—, sin el cual las dos primeras son imposibles».

El Oratorio fue fundado en Roma el año 1575 y aprobado definitivamente por Pablo V en 1612. Nació, dice el P. Louis Bouyer, «de la conjunción, en san Felipe, entre un alma excepcionalmente interior y una mentalidad excepcionalmen-

→

te abierta». Todo comenzó en las reuniones de San Jerónimo de la Caridad, una pequeña iglesia romana, cuna y primer cenáculo del Oratorio, y morada de san Felipe Neri, ya sacerdote. A su cuarto acudían algunos de sus penitentes, especialmente jóvenes, que leían, y juntos comentaban, páginas del Evangelio, vidas de santos, poesías religiosas, acontecimientos de la Iglesia, cartas llegadas a Roma de alguno de los primeros misioneros de los mundos entonces recién descubiertos, y, sobre todo, tenían un “ragionamento”, que luego resumía san Felipe, y se concluía con un rato de oración. Estas reuniones se desenvolvían en un aire de plena espontaneidad, que no terminaba allí, sino que se convertía en el ambiente de una relación entre padre e hijos espirituales. Pronto resultó pequeño el cuarto de san Felipe y se procuró un espacio mayor, que se llamó “oratorio”, de donde surgió la denominación de «Oratorio del Padre Felipe», y a éste le agradó el nombre porque en él se acuñaba la referencia a la oración, alma de toda su vida y escuela de fe y apostolado. Según Tarugi, discípulo predilecto de san Felipe, «la oración constituye el principio y fundamento del Oratorio».

San Felipe distinguía muy bien lo que consideraba propiamente el

Oratorio de lo que luego se llamó “Congregación”. Ésta surgiría al escoger a algunos de los más asiduos para que recibieran el sacerdocio y le ayudaran en la labor del Oratorio, que era su primera idea. La Congregación era el núcleo, y el Oratorio la obra total.

Para san Felipe, el Oratorio era una institución ciudadana proyectada a un solo lugar, en el que se encarna aportando su influjo espiritual y su apostolado específico. Jurídicamente se parece al primer modelo de vida evangélica organizada en la Iglesia occidental, es decir, a los monasterios benedictinos, en el sentido de que cada “casa” o Congregación —que toma siempre el nombre de la ciudad en donde se establece— constituye una comunidad “sui iuris”, o familia autónoma dentro de la Confederación del Oratorio de San Felipe Neri, que se extiende a diversas partes del mundo. Cada Congregación tiene sus propios miembros, que perseveran en ella de modo parecido a como sucede en la incorporación y estabilidad monástica y correlativa autonomía. El superior recibe el nombre de Preósito —“primus inter pares”—, y es elegido por la comunidad; de acuerdo con el derecho, tiene el reconocimiento y facultades de “superior mayor” y “ordinario” de los propios miembros. →

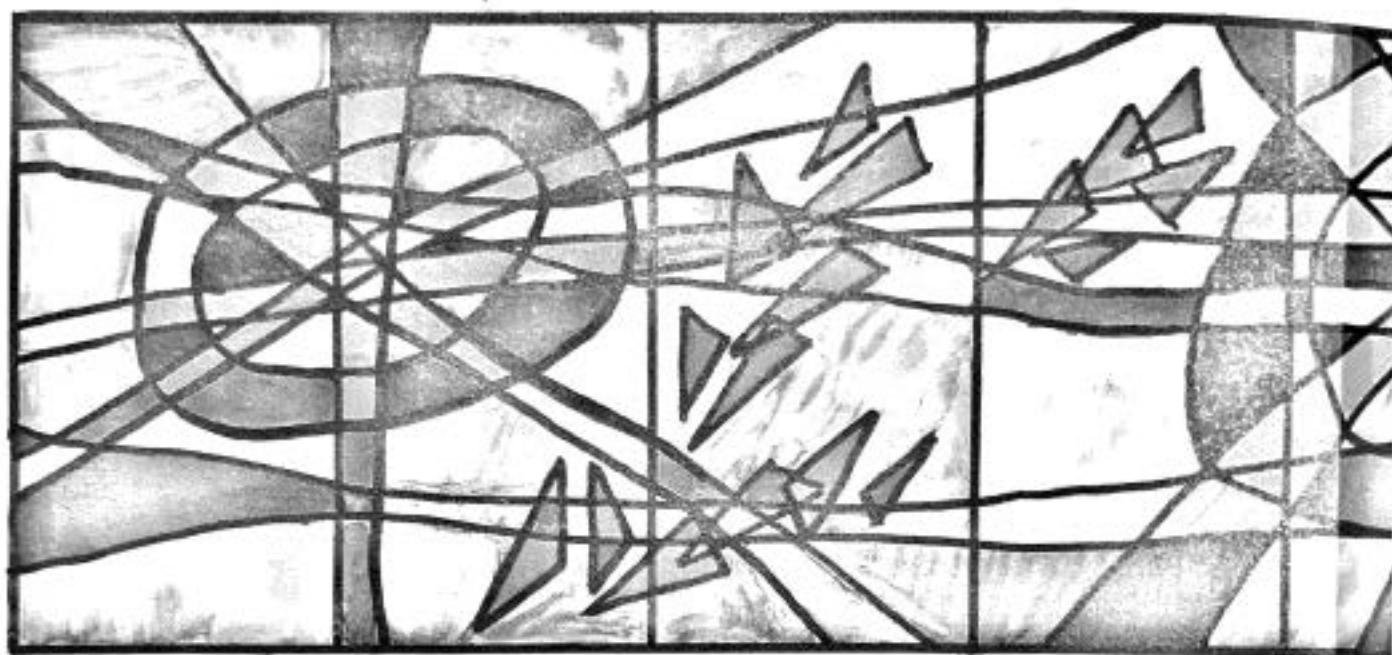
Las relaciones fraternales entre las diversas "casas" o Congregaciones se armonizan dentro de la Confederación, si bien conservando cada una la propia autonomía, querida por san Felipe, y la dependencia de la Santa Sede, por medio de un Delegado nombrado por ésta. En la actualidad, el Oratorio está extendido por Italia, España, Polonia, Inglaterra, las dos Alemanias, Austria, Suiza, Estados Unidos de América, Canadá, México, Colombia, Costa Rica, El Salvador, Chile y Brasil. En España existen diez Congregaciones, la última de las cuales es Albacete.

A lo largo de los cuatro siglos de existencia del Oratorio, se ha podido demostrar que ha sido benéfico para la Iglesia, que ha influido en las almas que han participado de su espíritu y en sus obras, y que sigue siendo una forma de vida evangélica que, por su simplicidad, resulta especialmente atrayente para los que, con verdadera vocación, se entregan a Dios, no en busca de soluciones fáciles o ventajas clericales, sino enamorados de la transparencia del primer cristianismo. La Iglesia «se adorna con la variedad», y el Oratorio se complace en aportar su singularidad y su especificidad a la riqueza con que, con el mismo Espíritu de Dios, pero con maneras diferentes, otros la han adornado y hecho fecunda. ■

FRASES DE S. FELIPE a los jóvenes

- Felices los jóvenes, porque tienen tiempo para hacer el bien.
- Nunca hay que aplazar el tiempo de hacer el bien, porque la vida es muy corta.
- Rogad al Señor continuamente para que os conceda la perseverancia.
- No queráis haceros maestros del espíritu y pretender convertir a otros; pensad más bien en vuestra propia conversión.
- Tened a Dios siempre presente en vuestro corazón.
- El camino más corto para la santidad es la obediencia. Poneos en las manos de vuestros superiores.
- Nadie se hace santo en cuatro días; el camino de la santidad es arduo y la santidad se alcanza poco a poco.
- Aunque os sintierais muy felices y alcanzarais todos los honores de este mundo, pensad que es preciso morir, dejarlo todo y comparecer ante Dios.

La nueva vidriera: *el azul del cielo y las estrellas neri* *y las llamas del amor y la suavidad*

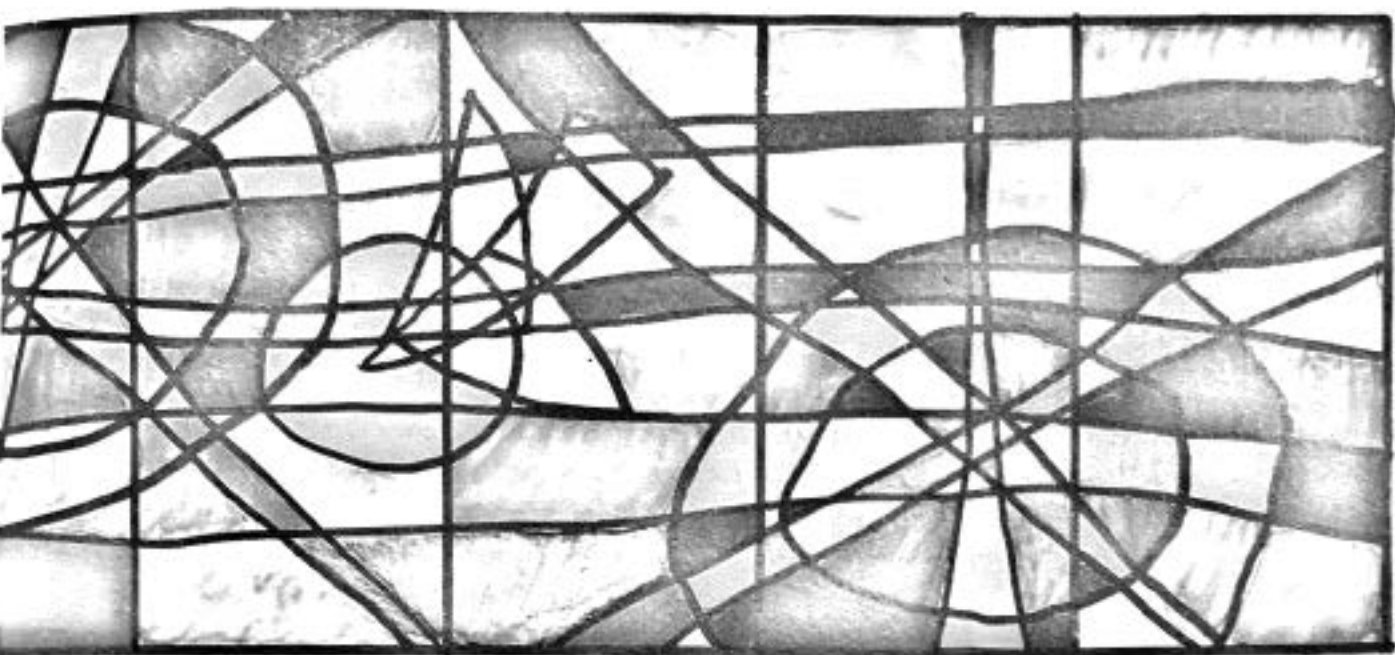


«**H**IJOS del Espíritu Santo» habría sido el nombre que N. P. san Felipe Neri habría preferido para designar a sus discípulos. Por esta razón, cuando se fundó esta Congregación del Oratorio, hace treinta y seis años, en la entonces recién creada diócesis de Albacete, nos pareció todo un símbolo la coincidencia de la Pascua de Pentecostés con la fiesta de san Felipe Neri. En nuestro escudo, y tomando las palabras de la liturgia, pusimos este lema: «Spiritus rore suo foecundet», porque

por su gracia ha de venir el fruto espiritual deseado y ha de germinar y crecer la santidad en los corazones.

En la misma fecha, cuatro años más tarde, en 1957, inaugurábamos nuestra propia capilla, según el proyecto del taller de arquitectura Martorell-Bohigas, de Barcelona, y la colaboración de J. Camps Vila, para el sagrario y la imagen de la Virgen, y de J. Vila Grau, para la cerámica de san Felipe Neri. Ahora, en igual feliz coincidencia con la fiesta de nuestro santo Padre, sustituimos los cristales de la

nas, *del Espíritu Santo*



gran ventana que une, al fondo, los muros de la capilla, por una vidriera diseñada por el artista albacetense Antonio Sánchez, realizada artesanalmente. En ella se ha querido ensamblar, una vez más, la alusión simbólica a san Felipe y al Espíritu Santo. El dibujo es un cielo sereno, entre dorados y azules, que se mueven como cintas mecidas horizontalmente por olas polícromas, y soportan el tejido de corrientes luminosas que se convierten en tres estrellas. Éstas pertenecen al emblema de los Neri, que

luego fue adoptado por el Instituto del Oratorio. Entre las estrellas, figura la presencia, dinámica y benigna a la vez, del Espíritu Santo, simbolizado a un lado por las llamas rojas del fuego de la caridad y, por otro lado, representado por la blanca paloma, símbolo de la presencia interior de Dios, unción pacífica de la gracia en las almas, y, él mismo, alma de la Iglesia; ese rescaldo de fuego divino que Cristo vino a traer al mundo, que prendió en san Felipe, el cual supo extenderlo a los demás con su apostolado. ■

ARLOTTO MAINARDI Y SAN FELIPE NERI

La visita de los polacos

TODOS los biógrafos de san Felipe, cuando comentan su sentido del humor y lo relacionan con la virtud de la humildad, refieren la anécdota de aquellos cuatro miembros de la nobleza polaca que, noticiosos de la santidad de Felipe, fueron a visitarle, devotos y curiosos —tal vez más bien curiosos—, para comprobar por sí mismos la singularidad de un santo visto de cerca. Alguien no pudo o no supo impedir que llegaran hasta el aposento del santo. Éste se dio cuenta de las intenciones de los inesperados visitantes, e hizo que su acompañante, antes de comenzar la conversación, les acomodara en su presencia para que oyeran la lectura de un libro “interesante”, que les sumiría en un gran desconcierto: el tal libro era las *Facezie del Piovano Arlotto*, que contenía una serie de anécdotas festivas, dichos y burlas propias o atribuidas al cura Arlotto Mainardi, florentino. Felipe no contenía sus carcajadas cuando el texto leído lo requería, y, de vez en cuando, pedía una pausa al lector para dirigirse a los polacos y con frases de este sentido: «¡Ya ven qué textos tan estupendos y qué buenos libros poseo y hago que me lean!» Los polacos se fueron decepcionados y perplejos. →

Argucias parecidas utilizó en otras ocasiones con igual propósito y con el mismo éxito, como, por ejemplo, con el noble romano Lorenzo Altieri, que salió del cuarto de Felipe diciendo: «¡Bah!... Si eso es todo, no pasa de tratarse de un tipo alegre, bromista, como otro cualquiera». Ni faltaban personas piadosas que se escandalizaran con tal proceder.

*Pero el libro de las **Facezie** significa algo más que un medio al que recurría para humillarse o para despistar la curiosidad de la bobería piadosa. Felipe amaba aquel libro. Aquel personaje había influido en su vida.*

*Los biógrafos de Felipe, cuando hablan de la escuela que de niño frecuentó, nos aseguran que, por lo menos, tuvo en las manos y leyó por primera vez tres libros que tendría cerca de sí el resto de su vida, en su cuarto de San Jerónimo de la Caridad y en la Vallicella. Estos libros eran las **Laudi**, de Jacopone da Todi, la **Vita del Beato Colombino**, escrita por Feo Belcari, y las ya citadas **Facezie del Piovano Arlotto**. Sabemos la importancia que tuvieron los dos primeros en las reuniones del Oratorio. Pero pasa más desapercibida la significación del tercero, en relación con dos características propias de san Felipe: su florentinidad y su espíritu festivo. Los florentinos son habilísimos para “lo scherzo, il prendere in giro”; sus burlas resultan a veces no sólo agudísimas, sino crueles; otras no pasan de ser muestra excelente de su sentido común aplicado con humor, oportunidad, gracia e inteligencia bondadosa. Tales eran las bromas, burlas y anécdotas de aquel buen cura, llamado Arlotto Mainardi.*

Felipe tenía y conservaba aquel libro, no como un objeto vulgar, sino como algo valioso. Merced al reciente invento de la imprenta, los libros, en tiempo de san Felipe, ya no se consideraban casi equi-

BIBLIOTECA
**Tres libros
para siempre**



valentes a una joya, como ocurría con los ejemplares producidos por los copistas medievales, pero seguían siendo caros, poco menos que un lujo. Para Felipe, los libros eran una verdadera riqueza, y, porque lo entendió así, se desprendió de ellos, durante su vida de seglar, por amor a la pobreza y a los pobres. Los que de mayor conservaba no eran un adorno, sino algo muy próximo a su pensamiento y a su corazón, sin excluir el de Mainardi, aunque a veces lo utilizara para humillarse o para distraerse.

Arlotto Mainardi

Pero ¿quién era Arlotto Mainardi? Ese curioso personaje pudo conocerlo el abuelo de san Felipe; el padre contaba sólo seis años cuando el Mainardi murió (1483), a la edad de ochenta y siete años. La familia de Arlotto Mainardi era originaria de Vaglia, pueblo situado a unos veinte kilómetros al norte de Florencia. El abuelo de Arlotto había sido notario público florentino; tuvo una familia numerosa; hizo lo que pudo por llevarla adelante, pero las cosas no le fueron bien, porque los tiempos eran malos, y, seguramente, por contraer deudas imprudentes, se le originaron pleitos hasta pasar, incluso, por la dura experiencia de la cárcel. El mismo Arlotto lo contaba, sin avergonzarse por ello. El padre de Arlotto debió de ser un tipo bastante burlón, cuando vemos que a nuestro personaje le pone un nombre verdaderamente chocante, como lo es el de "Arlotto" (desaliñado, glotón, ignorantón), que más parece un mote. Destinó a Arlotto al oficio de la lana, no sin antes hacer que aprendiera aritmética, escarméntado, tal vez, por los propios descálabros padecidos a causa de su desorden en el negocio que vio fracasar. El oficio de la lana era una actividad que había acreditado a los florentinos, y, aunque sus profesionales se debatían entre no pequeñas tensiones gremiales, lo cierto es que una sexta parte de la población florentina (calculada entonces

→

Florenxia en el s. XIV

en poco menos de 100.000 hab.) empleaba sus manos y tenía su ocupación en telares, talleres de tinte y comercios laneros. Era la actividad por medio de la cual la ciudad, proverbialmente laboriosa, se resarcía de los pasados desastres de la "peste negra", que a mediados del s. XIV había diezclado en más de un tercio la población, y de la bancarrota económica, también reciente, causada por el impago de las grandes deudas contraídas por el rey Eduardo III de Inglaterra, al no devolver los préstamos que la ciudad de Florenxia le había concedido, lo cual repercutió en sus ciudadanos y empobreció a muchas familias. El trabajo bien hecho y el comercio exterior eran la única salida. La orilla del mar estaba cerca, y las naves partían de Pisa hacia otros puertos del Mediterráneo y otros países del Mar del Norte.

Pero nuestro Arlotto no se sentía a gusto con su oficio de la lana y, a los veintisiete años, supo hacer entender a su padre que quería cambiar suerte y consagrarse a Dios, como sacerdote. Su padre le ayudó a obtener, sin gran dificultad, el pobrísimo beneficio o "pieve" (parroquia, feligresía) de San Cresci de Miciuoli, en la diócesis de Fiésolo, contigua a Florenxia. Los clérigos que le habían precedido en esta "pieve" dejaron en ella el sello de su negligencia, tanto en lo material como en el cuidado de las almas. Arlotto, ya mayor, no emprendió más estudios; era honesto, leía y entendía de modo suficiente el latín del misal, su conciencia era recta y su corazón verdaderamente caritativo. Esto le bastó para asumir sus deberes con diligencia, de modo que sus feligreses pronto llegaron a amarle, al comprobar que administraba y hacía productivas las posesiones de su beneficio, remediaba las necesidades de las familias más pobres, dotaba a doncellas para que encontraran marido, conducía vocaciones al sacerdocio, restauraba la iglesia que

Malnardi sacerdote

FALL 1952
P. 103-104
019161V 107601628



110871017
VIA 3 10 85

había recibido casi en estado de ruina, vivía con amable austeridad, amigo de todos, sin retener nunca dinero para sí mismo. Eso sí: cada semana tenía que bajar, unas tres veces, de Fiésole a Florencia, donde tenía amigos por doquier, que le invitaban a tomar un vaso de vino o a comer en la hostería. Se comportaba con moderación y, sin grandes argumentos, la obtenía de los demás, y siempre tenía cosas que contar que despertaban el interés del corro que en torno a él se hacía en la calle, en una plaza, en el portal de una iglesia, en el corro del mercado, o en la mesa donde era invitado. También subían sus amigos a la "pieve", y los acogía con generosidad, que alcanzaba por igual a los feligreses, porque su parroquia revivía participando en el gozo sereno que él inspiraba a todos, libre de beaterías, desenfadado y respetuoso a la vez. Su conversación era amena y nada sofisticada ni magistral, de modo que todos deseaban encontrarle, oírle hablar, tomar juntos un bocado y recoger entre risas alguna de sus agudezas, que encerraban, inevitablemente, alguna sabiduría y moraleja.

107971684
110871017

Mainardi viajero

De vez en cuando emprendía un largo viaje. Dejaba la "pieve" a algún cura amigo que atendiera a la feligresía, y se iba como capellán de alguna de las naves que partían del vecino puerto, cargadas de mercancías, hacia Provenza, o Barcelona, o Londres, o Brujas... Lo observaba todo, chapurreaba los idiomas extranjeros, se informaba, y hasta le había ocurrido que, al llegar a una ciudad o puerto, ya era conocido por su fama. A la vuelta no le faltaban cosas que contar. Él sabía hablar con marineros, con soldados, con hombres, con jóvenes y niños y, sin perder la naturalidad, tenía siempre algo bueno y alegre que decir. Sus conversaciones, dichos y anécdotas se convirtieron en proverbiales. Tanto, que le atribuyeron algunas que no eran ciertas —«se non è vero è ben trovato»—. ➔

Cuando Arlotto murió (1483), hacía apenas veinticinco años que un orfebre de Maguncia, Johannes Gutenberg, había hecho los primeros ensayos (1457) con caracteres móviles para componer palabras e imprimir páginas sobre papel, por medio de la prensa manual. Era el nacimiento de la imprenta. El Mainardi no podía sospechar que sus andanzas se convertirían pronto en un libro famoso, corregido y enmendado y hasta falsificado. Pero el personaje estaba en la mente y el recuerdo que la tradición conservaba. Por otra parte, él nunca escribió sus experiencias, ni pensó que pudieran interesar demasiado. La primera compilación apareció impresa en Florencia, por Bernardo Zucchetta, en 1515 o poco antes. No es la más fiable en cuanto a la autenticidad de todas las anécdotas atribuidas al Mainardi, pero seguramente es la que tenía en mano san Felipe, salvo otra posterior (1535), veneciana. Las ediciones críticas, más fiables, son bastante posteriores. Pero aun la primera edición florentina revela el carácter y la bondad del singular personaje, que cautivó, sin duda, a san Felipe.

El Mainardi era alegre, "spiritoso", agudo, desprendido, práctico, espontáneo, veraz, ni soberbio ni servil, sin ambiciones mundanas ni clericales, libre y crítico desde la pureza de su corazón. Es difícil encontrarle paralelos literarios. No se le puede comparar al pícaro de la literatura castellana, porque no es un producto de la tristeza ni de la decadencia, sino optimismo y hasta esperanza y confianza en la bondad siempre posible. Tampoco al humor clerical de Vicente García («Rector de Vallfogona»), que fue un literato más elaborado, salvo en lo que espuriamente se le atribuye. Arlotto Mainardi era desenfadado, pero no grosero ("grossolano"), y las facecias de este tono no son suyas. En cambio, sería posible rastrear referencias a las virtudes cristianas, y hasta sobre la vida de perfección, vertidas siempre en estilo llano, sin retórica alguna, "alla buona", que sin duda era la delicia de san Felipe y hasta le ayudaron a ver dibujado en ellas el tipo de sacerdote que le habría gustado ser. Cuando Felipe abandonó Florencia, llevaría seguramente en su alma el escondido ideal de la semilla que dejaron en ella aquellos tres libros, en los que

**Mainardi
"spiritoso"
y espiritual**



tan armoniosamente se combinaban poesía y mística (Jacopone da Todi), amor a Jesús y santidad (Beato Colombino) y serena alegría (Arlotto Mainardi). Es decir, un ideal que conducía a Dios enamoradamente, sin fariseísmos ni tristezas, abandonado a la providencia, en paz y sencillez. Como esta pequeña oración de Arlotto, que dice: «Señor, dame solamente lo que tú ves que necesito en este momento; por ahora no te pido nada más». Y esta otra: «Señor mío Jesucristo, protégeme contra la furia y las manos de labriegos ignorantes, de la conciencia de gente beata, de poner demasiada fe en las medicinas, de los de notarios, de los que oyen dos misas todos los días y de los que juran por su conciencia».

Las facecias

En la colección de facecias y dichos del Mainardi, y entre bromas y veras, fustiga duramente, en primer lugar, la envidia y la ambición, especialmente cuando se produce entre clérigos; luego, la maledicencia —“pestifera bestia”—, y seguía con la avaricia. Alaba la pobreza no miserable y, sobre todo, la caridad. Vivía de lo que le rentaba su beneficio, con sólo apenas la tercera parte de lo obtenido, y destinaba el resto a obras buenas. Se sentía mal cuando, exhausto de dinero, se le presentaba ocasión para hacer el bien que no podía atender. Pensaba que era una maldición ser sacerdote y morir habiendo ahorrado algo de lo que el ejercicio del ministerio le hubiese proporcionado, u obtenido por herencias o limosnas. Decía a un amigo: «Procuremos hacer el bien con alegría, y perseveremos en ello. Al momento de morir nada podremos llevarnos. Por lo que a mí respecta, quiero ser fiel de aquel santo varón, Jacopone da Todi, que en una de sus “laude” dice así: «Solamente es mío todo lo que gozosamente doy por amor de Dios» («Tanto è mío / quanto lo godo e do per Dio»). →

Guárdate de tener familiaridad con persona de mala lengua, porque no hay en el mundo bestia más pestífera ni enfermedad más venenosa que una pésima lengua y un familiar que te sea enemigo. Para lo bueno, nadie o muy pocos se mueven; para ver u oír lo malo, todos corren.

Arlotto Mainardi

En el jubileo del año 1475, Arlotto quiso ir a Roma. Era ya octogenario y de sobra famoso por sus singularidades. En Roma hubo un cardenal que quiso conocerlo e hizo que se lo llevaran invitado. Ya sentados a la mesa y promediada la comida, la conversación se animó y llegó la ocasión en que Arlotto pudo decir, añadiendo su punto de vista a otras comparaciones que se habían proferido: «Yo, monseñor, soy más feliz que vos, porque en el libro de las cosas agradables vos no habéis pasado más allá de la letra C (cardenal), mientras que yo he avanzado hasta la R (reverendo). En verdad, tenéis muchos honores y ahora mismo disfrutáis del cardenalato, pero todavía no os basta, y quisierais alcanzar el papado, y creo que, si Dios hubiese creado un honor mayor, también lo codiciaríais. Mientras que yo soy simplemente sacerdote y estoy en mi "pieve" por más de cincuenta años, y jamás he deseado otras ventajas o beneficios...; os aseguro que soy el hombre más satisfecho de este mundo y que me pueden llamar el cura más feliz de la tierra, porque estoy contento con mis deberes. Ninguna de estas satisfacciones os alcanzan, porque vuestro ánimo desea grandezas... ¿Que por qué os hablo así? Porque vos mismo me habéis llevado a estas razones».

Uno de sus primeros comentaristas decía que en Florencia no tiene lugar ninguna discusión o conversación agradable sin que se incluya al Piovano Arlotto con alguna de sus chispeantes anécdotas y sus dichos famosos. Entrado ya en años, renunció espontáneamente a su beneficio en favor del capítulo de San Lorenzo de Florencia, sin carga alguna, y sólo por amor de Dios. Lo mismo que durante toda su vida vivió lleno de caridad hasta el momento de su muerte, en el Hospital de sacerdotes, de Florencia. Allí mismo dispuso su sepultura, amplia, para sí mismo «y para quien quiera usarla» después de él. En Florencia, en via San Gallo, esquina Arazzieri, está en pie todavía la iglesia de San Salvador, con la sepultura de Arlotto Mainardi, sobre cuya lápida puede leerse el epitafio que él mismo redactó, antes de morir, e hizo grabar: «QUESTA SEPOLTURA HA FATTO FARE / EL PIOVANO ARLOTTO / PER SÉ E PER TUTTE QUELLE PERSONE / QUE DENTRO ENTRARE VI VOLESSERE».

Los últimos años

VIERNES, 26 DE MAYO,

FIESTA DE NUESTRO PADRE
SAN FELIPE NERI
FUNDADOR DEL ORATORIO

DAREMOS GRACIAS A DIOS
EN LA EUCARISTÍA
DE LAS 8 DE LA TARDE

LAUS

Director: Ramón Mas Cassanelles - Edita e imprime: Congregación del Oratorio
Pl. San Felipe Neri, 1 - Apartado 182 - 02060 Albacete - D. L. AB 103/62 - 14.5.89
